

Cincuentenario de la Muerte de Wagner

Admiro las obras de Wagner, pero no profeso ni profesaré jamás la religión wagneriana.

(Camille Saint-Saens)

La vida íntima de Wagner no se envuelve, como la de tantos otros hombres superiores, en nieblas de misterio. Las Memorias, escritas casi al día por el autor de "Parsifal", son prolijas, y con frecuencia fatigosas; pero al menos no dejan lugar a la más pequeña duda, que, de existir, se desvanecería ante la numerosa y extensísima correspondencia privada que del maestro se conserva, y en la que salen a la luz del día sus penas más hondas, sus dudas más calladas, y sus amores más secretos... Parece como si aquel hombre inmenso hubiera tenido de su grandeza propia tan alta idea, que cifrara todo empeño en que los detalles más nimios de sus jornadas quedaran escritos para devoción de los humanos, de los míseros humanos que, para llegar a comprenderle a medias, según él, necesitaron de tanto tiempo y de tan obstinados esfuerzos...

"Me llamo — escribe en sus memorias el coloso — Guillermo Ricardo Wagner, y nací en Leipzig el 22 de Mayo de 1813. Mi padre, que era escribano, murió a poco de yo nacer, y mi madre casó en segundas nupcias con Luis Greyer. Era éste un excelente hombre que escribía comedias, las representaba, y pintaba él mismo las decoraciones. Quiso hacerme pintor, pero hubo de convencerse pronto de que yo no tenía ninguna vocación para el dibujo. Cuando Greyer murió, cumplía yo siete años. Había aprendido a interpretar en el piano algunas composicio-



Casa natal de Wagner en Leipzig



R I C A R D O W A G N E R
Oleo de Lenbach

nes, muy populares entonces, y la víspera de su muerte, mi padrasto me rogó que tocara, para distraerle. Deseando complacerle, me senté ante el clave. Luego de escucharme, el moribundo dijo a mi madre: —;Puede ser que este muchacho tenga facilidad para la música!...

"A los nueve años entré en la Kreuzschule de Dresde, y entregado por completo a mis estudios no volví a pensar en aquella profecía. Por entonces, dos hermanas mías estudiaban el piano; yo prestaba siempre gran atención a sus ejercicios, pero no tomaba parte en las lecciones. Nada me producía, sin embargo, una emoción tan grande, como el escuchar la partitura de "Freischutz". Diariamente, Weber cruzaba por delante de nuestra casa, al volver de los ensayos, y yo le aguardaba siempre para verle pasar, con el respeto que producen

las cosas sagradas. Esta afición me hizo solicitar de uno de mis maestros el que me diera algunas lecciones de piano. Un día me esforzaba yo en improvisar el canto del "Freischutz", cuya música no había podido conseguir; llegó en tanto mi profesor quien, luego de escucharme durante un rato, me dijo que nunca podría hacer cosa de provecho. Esto me obligó a desistir de mi empeño, y renuncié a nuevos ensayos".

En efecto, en lo sucesivo, Wagner consagró todos sus afanes al estudio del latín, del griego y de la mitología. Pero un incidente de la vida de colegio había de señalarle una nueva y definitiva orientación. Murió uno de sus condiscípulos, y el director de la Kreuzschule impuso a sus alumnos, como ensayo literario, la composición de una poesía dedicada al amigo que todos aca-

baban de perder. Entre los trabajos presentados, el de Wagner mereció ser designado como primero, y ganó el premio que consistía en ser impreso y publicado. Esta victoria inclinó hacia la poesía los afanes del espíritu inquieto e innovador que animaba al entonces futuro gran artista, quien aprendió en poco tiempo el inglés, sólo para poder leer y traducir a Shakespeare.

“En esta época—sigue diciendo Wagner—hice el boceto de una tragedia a imitación de “Hamlet” y del “Rey Lear”. En el transcurso del drama morían *cuarenta y dos personajes*, y al llegar al último acto, para que no quedara la escena desierta, tuve que hacer resucitar a varios muertos que volvieron a aparecer bajo la forma de espíritus”.

En la preparación de esta terrorífica obra, cuyo destino ignoramos, trabajó Wagner durante dos años. Luego, la familia del incipiente dramaturgo abandonó su residencia para trasladarse a Leipzig, y al cambiar de colegio Wagner sufrió una gran decepción, ya que sus nuevos profesores le asignaron una clase más atrasada de la que acababa de cursar en Dresde. Merced a esta circunstancia, el estudiante desatendió sus trabajos de griego y de latín, por fortuna, y en cambio concentró todas sus energías en la labor dramática, única que seguía interesándole grandemente.

Huyendo siempre del enojo que le producían las aulas, asistió Wagner a los famosos conciertos del Gewandhaus, en donde se interpretaba la obra de Beethoven. Las audiciones del Maestro de maestros produjeron en Wagner un verdadero deslumbramiento, y decidieron de su vocación musical, como la lectura de Shakespeare había decidido de su vocación poética.

“Alquilé — escribe — un método de armonía, y me pu-



Wagner, compositor del porvenir, hace interpretar sus obras por músicos del porvenir.—(Antigua caricatura de Cham)



Wagner perseguido por la crítica.—(De una caricatura de 1883)

se a estudiar con ahínco. No fué el aprendizaje tan rápido como yo lo esperaba, pero las dificultades me servían de estímulo, y estaba seguro de llegar a ser compositor”.

Tenía entonces Wagner quince años, y en este punto dió principio su verdadera carrera artística, fundiéndose en una sola las dos grandes llamas de inspiración musical y poética, que encendieron, en su espíritu poderoso y amplio, los genios propicios e imperecederos de Beethoven y de Shakespeare.

Era lógico que la nueva concepción del drama musical ideado por Wagner, se estrellara contra la rutina del antiguo género de ópera italiana, y que la crítica, que en todo tiempo hizo labor negativa, declarara una guerra sin cuartel al innovador.

De lo que fué aquella contienda, y de la voluntad de acero que necesitó Wagner para imponerse y triunfar, dan ligera idea estos pintorescos retazos de su vida, conservados en sus propias Memorias, o evocados por el recuerdo de sus contemporáneos.

Hé aquí cómo describe el propio Wagner su llegada a París, y sus primeros pasos en la capital francesa:

“Con impaciente curiosidad aguardaba yo la llegada al París de mis sueños. La primera impresión que me produjo fué altamente desfavorable, y contrastó con el recuerdo de grandiosidad que Londres acababa de dejarme. Todo me pareció pequeño y estrecho, en París, y los famosos bulevares me causaron una gran decepción. La habitación que me había sido reservada en la rue de la Tonnellerie me hubiera parecido intolerable, a no ver en la fachada, y junto a mi ventana, una lápida con la siguiente inscripción: “Aquí nació Molière”. Esto me pareció de buen agüero, pero al contemplar desde el balcón el inmenso hormiguero humano que me rodeaba, no pude menos de pensar en lo incierto y aventurado de la suerte que había de aguardarme”.



El nuevo sitio de París en 1891.—(De una caricatura de la época)

Más allá, al dar cuenta del mal éxito de sus primeros pasos, Wagner añade:

“Recibí una carta de recomendación que me enviaba Meyerbeer para M. Duponché, director del Teatro de la Opera. Con esta carta, en la que puse toda mi esperanza, fui a visitar al referido personaje, que me recibió bastante mal, y que leyó la misiva con absoluta indiferencia. Sin duda alguna, Meyerbeer escribía cartas análogas con demasiada frecuencia”.

Sigue el relato detenido y extenso de todas las contradicciones sufridas. Al fin, Meyerbeer anuncia su paso por París. Wagner cree ver en él la tabla de salvación, corre a visitarle y le refiere todas sus penalidades. Impávido, Meyerbeer le escucha y le declara que todo eso era de esperar, que la conquista de París no es tan fácil como parece, y que lo mejor que puede hacer es renunciar a sus disparatados proyectos, y buscarse un modesto empleo que al menos le permita vivir.

“Dicho esto—comenta Wagner—partió a Alemania, abandonándome a mi suerte”.

La suerte se obstinó en serle contraria y Maurice Lefébre nos refiere algunos de los terribles reveses sufridos por el gran compositor:

“Wagner, al cabo de muchas gestiones, consiguió el puesto de director de orquesta en un teatrillo de los bulevares. Ganaba lo estrictamente necesario para vivir; pero ocurrió que, en vísperas del estreno de una de las mil insanias que tales teatros ponen en escena, la primera actriz, juzgando que su papel era demasiado honesto, pidió al autor que le agregara algunos couplets su-



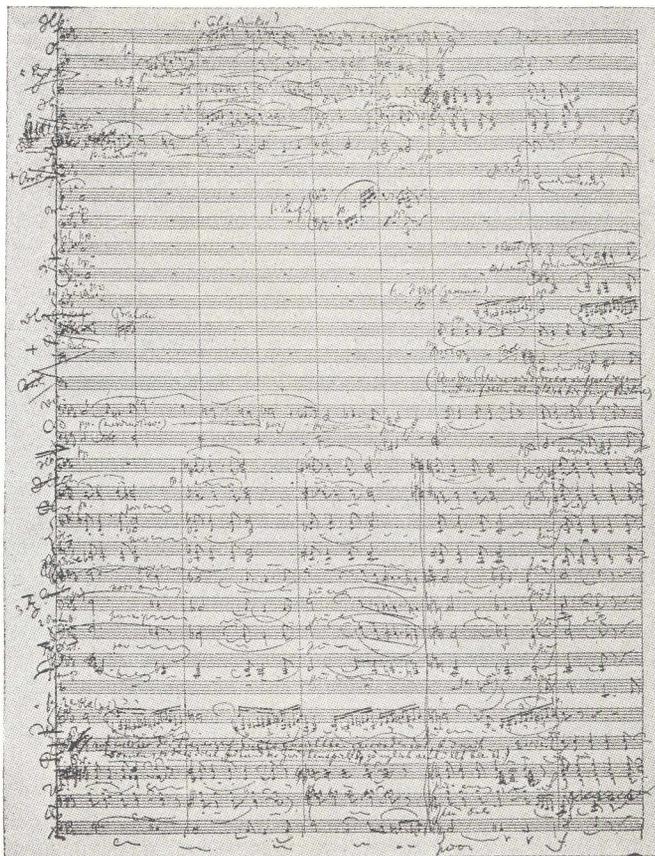
Wagner en 1882.—Su último retrato.

La madre de Wagner en 1842

Wagner era hombre de poca calma. Respondió con harta impertinencia a la comedianta, y como ésta era la protegida de un hombre influyente, el director de orquesta hubo de abandonar su puesto, llevándose bajo el brazo la música rechazada . . .

Años después, volvió a trabajar en la misma composición, ampliándola y desarrollándola, y aquella *porquería* se convirtió en uno de los más bellos temas de *La Walkyria*: en el “*lied*” de la Primavera.

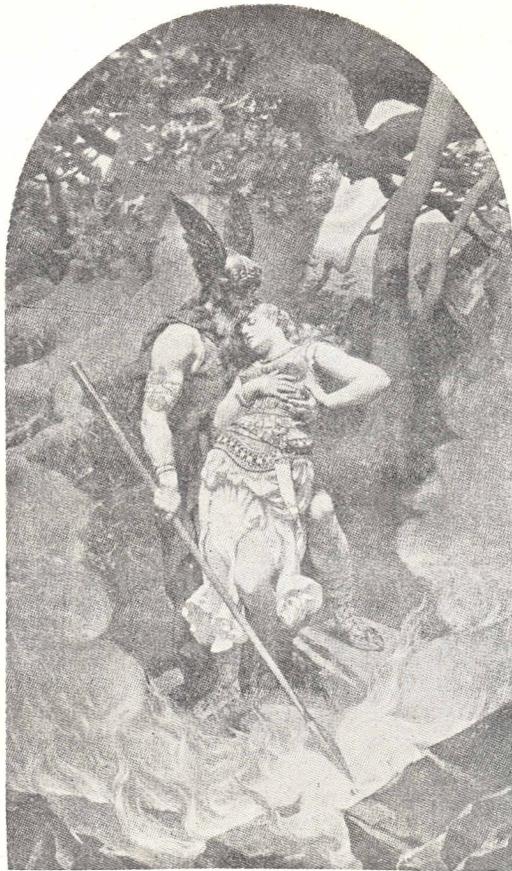
“Pero entretanto, Wagner quedó en la calle, y sin medio alguno de vida. Al cabo de algunos días, y ya en situación desesperada, acudió a Cherubini, que era entonces director del Conservatorio, y solicitó de él algún dinero. Cherubini negó el auxilio, pero ofreció una carta de recomendación para el director del Gran Teatro de Burdeos. No tenía Wagner gran confianza en la eficacia de las recomendaciones, desde el completo fracaso de la de Meyerbeer, pero ante la insistencia con que Cherubini le aseguró que—escrita como lo estaba—su carta equivalía a una credencial



Marcha fúnebre en la muerte de Sigfrido.—Copia de un original de Wagner.

segura, aceptó agradecido el pliego que su protector encerró cuidadosamente en un sobre lacrado con cinco sellos, y salió del Conservatorio, resuelto a ir a Burdeos, no sin que antes Cherubini le despidiese con un expresivo “¡Adiós, y buena suerte!”... que parecía prometerlo todo.

“¡Ir a Burdeos!... La cosa no estaba tan al alcance de la mano, porque Wagner no tenía en el bolsillo un solo franco, ni contaba con nadie que pudiera prestárselo; pero como era necesario e indispensable ir, Wagner fué a pie... Hizo el viaje por jornadas, comiendo lo que podía y en donde podía, y tardando muchos y largos días en llegar. Cuando se entró por las calles de Burdeos, estaba demacrado, macilento, y cubierto tan sólo por algunos harapos sucios, que eran los míseros restos de sus vestidos. En semejante traza se fué directamente al teatro. Como era lógico, los porteros se negaban a dejarle entrar, pero Wagner insistió tanto, que acabaron por avisar al director, y éste consintió recibirle en su despacho, quedando no poco sorprendido



Escena de “Walkyria”.—Wotan se despide de Brunilda.

al ver que semejante harapiiento traía una carta de presentación cuyo sobre ostentaba el membrete y los sellos del Conservatorio Nacional.

“Wagner aguardaba con ansiedad el efecto de la preciosa carta, que durante los aciagos días de caminar, carretera adelante, había sido su único sostén y toda su esperanza. Ya el director había roto los historiados sellos y había despojado el pliego del sobre que lo envolvía, disponiéndose a leer... En esto llegó un avisador a todo escape, y gritó desde la puerta del despacho:

“—¡Señor director, venga en seguida: el tenor y el bajo están riñendo a puñetazos, en medio del escenario!

“—¡Con permiso de usted!...—dijo a Wagner el interpelado, y salió precipitadamente.

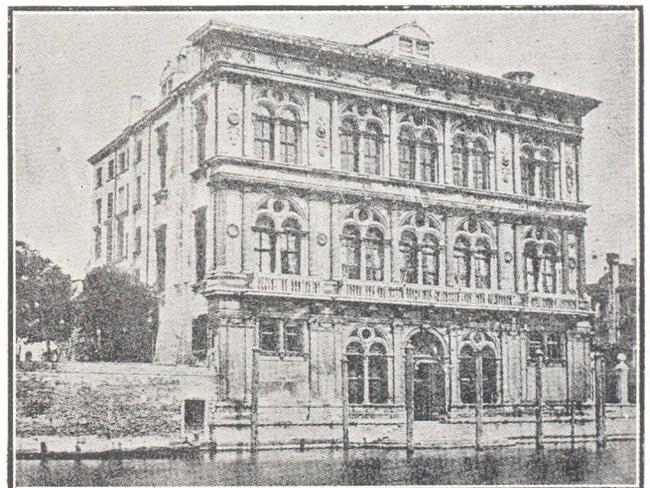
“Entonces, al quedar solo, Wagner no pudo resistir a la tentación de leer aquella carta, suma y cifra de todas sus ilusiones... Se acercó a la mesa, desdobló el pliego, y leyó la siguiente recomendación firmada por Cherubini:

“Querido amigo: en la imposibilidad de deshacerme de este solicitante inaguantable, y deseando que desaparezca para siempre de París, se lo envió a usted. Vea modo de librarse de él de semejante manera, enviándole aún más lejos...”

Era Wagner hombre de demasiada voluntad, para someterse sin lucha a los deseos de Cherubini. Volvió a París.
(Concluye en satinado)



Una escena de “Lohengrin”



Casa donde vivió y murió Wagner el 13 de febrero de 1883

Cincuentenario de la Muerte de Wagner

(Viene de página glacé)

rís, y al cabo de incontables esfuerzos llegó a hacer representar "Tannhauser", que había sido estrenado ya en Alemania con éxito muy mediano. Durante la representación, la impaciencia del público fué subiendo de punto... Mme. Metternich, no pudiendo dominar su nerviosidad, rompió su abanico... Los siseos y las protestas impedían oír la música. Al fin, se hizo el silencio y Wagner creyó que, por lo menos, la obra iba a ser escuchada. En tal instante, un abonado que ocupaba una butaca entonó, silbando, la copla popular: "J'ai du bon tabac dans ma tabatière...", e inmediatamente la sala entera coreó el estribillo. Hubo que bajar el telón, y durante buen rato el público siguió cantando la copla estúpida, en tanto que detrás de la cortina, Wagner sollozaba...

Luégo llegaron, un poco tardías, las jornadas de gloria, y el mismo público que había escarnecido al autor de "Tannhauser" dió en adorar como a un dios al creador de la epopeya de los Nibelungos.

Pese a ello, Wagner escribió lo siguiente a Liszt, en los últimos años de su vida:

"Lo que las gentes admiran en mi labor, es lo que en ella hay de afeminado y de insincero. En cambio, la energía, la vitalidad, *la salud*, en suma, de mis composiciones, todo lo que en ellas hay de grande y de fuerte, no ha logrado hacerse comprender..."

Y añade, en postrera confesión de suprema amargura:

"¡Mis supuestos triunfos se han alzado sobre la base de un equívoco, y mi fama y mi gloria no valen un bledo!"

Wagner fué en amor un gran sentimental, de paradójico sentimentalismo presuntuoso y rudo. Su ingenuidad germana, de prosapia bárbara todavía próxima, hizo que en cuestiones pasionales la psicología de este hombre, sometida a un análisis frío, no deje de prestarse a la ironía y a la sonrisa.

Wagner tuvo como primera esposa a la actriz Minna Planer, que compartió con él los años de lucha y de miseria, pero que a los ojos del gran músico apareció como una criatura vulgar, porque nunca llegó a comprender y a admirar todo lo necesario al grande hombre, a quien la desgracia había ligado toda su vida. ¡Prefería "Rienzi" al "Tannhauser"! Este fué su primer delito; pero había de cometer otra falta mucho más grave aún, merecedora de inexorable y definitiva condenación.

Ocurrió que, desterrado Wagner en Zurich, conoció a Otto Wesendonk, hombre generoso y rico, quien se apresuró a ofrecer a Wagner hospitalidad. Compró una casita inmediata a la suya, y luégo de bautizarla con el propicio nombre de "El Asilo", instaló en ella al gran músico que, por lo demás, pasaba diariamente varias horas en casa de su protector.

Wesendonk tenía una mujer llamada Matilde, joven y bella, y muy aficionada a la música y a la poesía. Como era de esperar, Wagner y Matilde no tardaron en convertir en amor, lo que al principio comenzara por ser admiración *ferpiente* en la mujer y vanidad satisfecha en el hombre. La pasión de ella, grande y abnegada, nacía de la *sugestión*

artística; la pasión de él, mezquina y egoísta, no tenía origen que no fuera el del halago, producido en su fatuidad por la espiritual adoración de una mujer inteligente que le admiraba, y que, por lo tanto, *le comprendía*.

Este amor, hasta entonces secreto, se hizo patente cuando Wagner, que acababa de escribir "Tristán", dedicó su obra a Matilde. Entonces se habló públicamente de este afecto, y los comentarios llegaron a oídos de Minna Planer, quien, naturalmente, no recibió la noticia con agrado.

Dejemos la palabra al propio Wagner que, en los siguientes párrafos de una carta dirigida a su hermana, pone al desnudo con sinceridad absoluta la increíble soberbia de su alma.

"Lo único—dice—que me dió fuerzas para soportar la vulgaridad de mi mujer, fué el amor de Matilde, que es el mayor consuelo de mi vida de sufrimiento. Creí que Minna tendría la suficiente comprensividad, para hacerse cargo de que ningún peligro puede haber para ella en mis amores con Matilde, ya que ni ella ni yo podemos casarnos, y que, por lo tanto, la indulgencia y el respeto eran los únicos sentimientos que tales relaciones debieron suscitarle... Pero una vez más me equivoqué por completo... La vulgaridad de Minna es irremediable... Figúrate que ha llegado hasta el extremo de abrir y de leer una carta para Matilde que yo escribí, y que dejó sobre mi mesa de trabajo... Hice cuanto pude para que Minna entrara en razón, pero todo ha sido inútil. Se obstina en seguir la conducta más trivial posible; pretende tener motivo de ofensa; y ha concluido por amenazar con un escándalo. En vista de ello, me he visto precisado a renunciar a la hospitalidad del "Asilo" y a alejarme de este amor que era la dicha de mi vida. *Pero como Minna ha tenido ahora una ocasión única de aparecer como más digna de ser mi esposa*, respetando este afecto para mí sagrado, y lejos de proceder de este modo ha hecho todo lo contrario, me es del todo imposible seguir viviendo con ella, y he de separarla de mí para siempre, *si quiero encontrar alientos para cumplir la misión de mi vida*".

¿Cabe más absurda ingenuidad?...

Para llegar un espíritu a ese grado de inconsciente vanidad, fué menester que naciera y que amara Ricardo Wagner.

MAX.

Wagner

Lo fecundo de su inspiración para sus veinte años produciendo obras como "El Anillo del Nibelungo", "Albumblatt", "Buque Fantasma", "Crepúsculo de los Dioses", "Idilio de Sigfrido", "Lohengrin", "Huldigungs", "Maestros Cantores", "Oro del Rhin", "Rienzi", "Tannhauser", "Fraume", "Tristán e Isolda" y "Walkyria", cuya despedida de Wotan y Fuego Mágico de dicha obra bastan para disipar cualquier duda que aún pese sobre mentalidad tan discutida.

Francisco Lagonell.

Caracas, febrero 1933.